

¡Ahí es ná!

Mi nombre es Inocencio La Villa y soy un ex-alcohólico. Aunque me vean muy joven, se supone que hoy estoy aquí para hablar, para decirles a todos ustedes cómo y cuándo logré salir de la bebida.

Acabo de oír que hoy hace mucho frío. Que este invierno es más crudo que lo han sido otros. No entiendo por qué la gente dice que hace frío, yo ahora jamás lo tengo. Dicen que si este año las temperaturas van a bajar más que nunca... que si el hombre del tiempo ha dicho... o que si no... Todo esto me hace recordar lo que sentía Consuelo hace unos años.

“Nos vamos a helar de frío este invierno”, decía ella. Siempre repetía yo, que no era para tanto. Se ve que esta niña nunca ha estado a cinco o más grados bajo cero, pensaba poco después de conocerla. Y es que en Andalucía jamás se llega a estas temperaturas ni en los meses más rigurosos. Ella siempre repite lo del frío, aunque se va acostumbrando a este clima madrileño. ¡Disfruto tanto viéndola moverse por la casa con ese ritmo de sevillanas que tiene! Sentado en el salón, leyendo, la veo moverse de un lado para otro. Y es que cuando anda parece que baila. ¡Qué ligereza tiene! ¡Con qué garbo se mueve! ¡Cómo se contonea si sabe que la miro! Menos mal que no me recrimina haberla sacado de su tierra, de un seno familiar tan arraigado, tengo que decir que casi la arranqué de las faldas de su madre a sus diecisiete años, aunque sigo pensando que ya le hacía falta salir. Yo digo que la salvé, pero no, ¡es ella quien me ha salvado a mí de una ruina total!

Nos casamos y ahora estoy más que salvado. Anda que la vida que llevaba yo antes... Y se vino a Madrid conmigo, con ese dolorcillo de la primera vez que se abandona el hogar paterno... ¡Fue mi suerte la que cambió al conocerla!

Desde que Inés –mi primera novia– me dejó, yo volvía bastante tarde a casa y muy, muy borracho de modo repetido. A esas horas en que el portal está siempre a oscuras, porque el automático de la escalera ya ha saltado... y es que no me apetecía ver a nadie, a nadie... De la puerta de entrada al ascensor apenas habrá cinco o seis metros, el mismo camino que yo repetía con paso inseguro cuando llegaba bien..., pero que bien empinado. Las más de las veces los efectos del vino empezaban a tumbarme y tenía que sujetar o apoyar ambas manos en la pared de la izquierda para no caer redondo al suelo y quedarme allí tendido.

Ya me pasó otra vez y siento vergüenza al recordarlo. –Al día siguiente no sabía ni con quien, ni cuántas copas habían caído–. Las teclas del ascensor se me antojaban seres indescifrables, donde debía haber números sólo encontraba caracteres extraños, símbolos chinos me parecían. Les digo esto por buscar una comparación, que yo no comprendía nada de todo aquello en ese estado ni por mucho que tratara de serenarme.

Si me fijo un poco lograré ver los botones, me repetía a mi mismo, y nada. Después de que el ascensor se pusiera en movimiento como algo mágico y se abrieran

las puertas no sabía ni la planta en que me encontraba ni a qué letra llamar, hasta que una de ellas se abría, mi madre aún vivía entonces. Cuando ella se fue para siempre llegó a ser aún más absurdo el tipo de vida que empecé a llevar. Frecuentaba los lugares más cutres que puedan imaginar. Inés y yo habíamos roto y no fui capaz de superarlo. Y al faltar también la que pudo consolarme un poco, el techo del apartamento se me vino encima. Me fui a buscar la compañía por los bares y algún club de alterne, bebiendo, e invitando a cuantos querían acompañarme ahogando penas en el alcohol todas esas horas muertas, sin ganas de regresar a casa. Que me estaba matando yo solito, ya lo sé, despacio, muy despacio, y no quería ver ni oír a ningún familiar, vecino o amigo, una mala cara o una sola palabra... No bebía whisky ni vodka o ron, nada de eso, vino. El vino, sangre de vampiro lo llamaba yo, era la única savia para mantenerme a flote. ¡No existe mayor error, pueden creerme! Porque al final, los que sí me acompañaban eran los fantasmas que venían a verme de vez en cuando, y me perseguían, hasta que les tocaba desaparecer tal como habían llegado. Yo quería contarle a la gente en los bares que veía a mi padre y a mi madre delante y detrás de mí, a ambos lados... Y claro, como podrán suponer, para ellos eso... A punto estuve de volverme loco con sólo veinticinco años y de ser encerrado para siempre.

Fueron pues esas vacaciones en el sur, las que tomé como una terapia, el motivo principal, lo que me llevó a cambiar de vida. Y puedo decirles que a día de hoy llevo seis años, tres meses y ocho días sin probar el alcohol, ni un solo trago de vino. ¡Ahí es ná!, como dicen en la tierra de mi esposa. Sí, le doy las gracias a mi querida Consuelo, hija de Consuelo y Aparicio -los dos sevillanos más salaos de todo Andalucía- ella me salvó de las garras de ese demonio del alcohol. Por ella lo dejé. Consuelo es el bien que me ha caído en suerte, y me trajo la felicidad que ahora tengo. –Aunque no sé que pudo ver en mí para quererme, yo me enamoré nada más verla, tan viva, tan laboriosa, tan atractiva... Llevaba unos días que me mantenía ebrio, y quizá de vacaciones se le pone a uno mejor cara, mejor aspecto–. Así que, cuando la gente dice que va a hacer frío, ya no me da por tomarme una copita, yo me siento y me digo, cuando llegue a casa me arrimo a mi Consuelo... y nos calentamos el uno al otro.

Pedro Mateos